

ENSAYO

Entre los huesos, la carne y la mirada

Antonio Álvarez Rivera

Está en todos lados todo el tiempo. Tiene la memoria estremecedora de lo absoluto; es, por lo tanto, inapelable e irreversible. El martes, 21 de octubre de 2003, a las 7: 00 A M. en el Hospital Metropolitano, muere el exgobernador Luis A. Ferré... a sólo cuatro meses para cumplir cien años. Sencillo: a la muerte no le dio la gana de que los cumpliera. La flaca había dejado sentir su profunda y funesta presencia cuando, el miércoles, 16 de julio de 2003, dio un tremendo macetazo internacional al llevarse a Celia Cruz a los recintos misteriosos del silencio definitivo. Tanto el fallecimiento de Celia como el de Ferré se esperaban.

Llegamos para irnos. Eso hay que entenderlo, y mucho más que entenderlo... comprenderlo. El viernes, 16 de enero de 2004 a las 2:00 P. M. más o menos, cae severamente enfermo, el alcalde de Ponce, Rafael "Churumba " Cordero Santiago. Está trabajando en la alcaldía, señala que le gustaría comerse un sándwich. Coetáneamente con la expresión de ese deseo dice sentirse mal, se pone pálido, dicen los que estaban con él, y se consterna a tal grado que presiente. Y dice: "Señor si me ha llegado la hora te pido perdón por mis pecados " Así las cosas, reza el Padre Nuestro y se desmaya. Lo llevan al Hospital de Damas, de ahí Centro Médico en ambulancia aérea donde le repite el segundo derrame cerebral.

Sábado 17, a las 9: 00 A. M. el desmayo del día anterior adquiere carácter eterno. Al León Mayor le había llegado la hora a los sesenta y un años. Su muerte toma a todo el mundo por sorpresa... hasta la sorpresa misma fue tomada por sorpresa. Si hay un sitio incómodo para acomodarse ese es el de la incredulidad; allí, en ella, los ponceños, el País han tenido que colocar su estremecido corazón.

Llueve sobre mojado. Todavía no nos habíamos acostumbrado, no habíamos asimilado el hecho de la partida de Churumba, cuando otra vez la muerte encabuya vuelve y tira, y se lleva de un sólo halón a José Miguel Agrelot Vilá. El miércoles, 28 de enero de 2004, mientras dormía, pasa del sueño físico al sueño de la muerte. Agrelot, hacía poco, había ingresado en el libro de marcas mundiales Guinness por su programa radial. "Su alegre despertar ", el de más larga permanencia en la radiodifusión mundial: casi 55 años. A los setenta y siete años baja el telón para siempre a José Miguel Agrelot. Como muy bien señala por escrito un periodista: "En la capilla ardiente de Buxeda no había un doble, un extra ni un sustituto de última hora. Era Giuseppe Michel, su verdadero nombre, en la representación perfecta de su último papel: el de la muerte".

La muerte de las figuras públicas de impacto le quitan a éstas, el quehacer, la privacidad, la intimidad del acto de morir. Así las cosas, su oficio se torna en una especie de espectáculo sombrío.

Si a1guien cumple sin contemplaciones su labor asignada más por los hombres que por Dios, es la muerte. Es un instrumento de Dios del cual el ser humano se ha apropiado demencialmente. Ese apropiamiento ha trastocado raíces y ramas, cúspides y abismos, cauces y astros. Ha convertido el mundo en

una repugnante e infernal carnicería. Nuestra Isla está matriculada en esa vorágine, y muchas veces se excede en esa asignación, lamentablemente. Guerras mundiales, conflictos nacionales, narcotráfico y todo lo que éstos implican con sus aspectos periferales, tienen al planeta con las suelas para arriba. Y todo esto se reduce a un solo propósito: el poder por el poder mismo. Poder para avallasar, someter, excluir, afianzar el egocentrismo de quien lo ostente. Y como con frecuencia acontece, cuando el poder recae o lo hacen caer en manos de un mediocre con una visión excelentísima de sí mismo, casi celestial... Y es el caso que hay mediocres rentables. Con esta fauna monstruosa, la muerte está abusada. Cuando la muerte le sirve al ser humano (entiéndase la fauna de epígrafe) es portadora de oscuros abismos, rompedora de puentes, una selva sombría que todo se lo traga. Cuando la usa Dios es promesa de una vida por otra, de un tiempo relativo por la eternidad, es no vivir ya en la promesa, sino en lo que se prometió. Desde luego, ese pasaporte y esa identidad sacral, se preparan en, para, y con la vida como material primordial para ese negocio en tránsito que es la existencia. Churumba así lo entendió cuando, antes de partir, validó su pasaporte con un último Padrenuestro. Está claro, primero: nadie se ha arrepentido de ser cristiano, momentos antes de morir. Segundo: el poeta John Fowles nos ha señalado: "El tiempo no es sólo un camino. Es también una habitación". La muerte: ¿Las manos abiertas de la tumba o las manos abiertas de la luz de la eternidad? Eso lo decide la libertad de cada uno de nosotros. Desde esa libertad, San Agustín, aquel que pidió a Dios: "Señor, hazme casto, pero, todavía no ", señaló asimismo: "Nacemos sin nuestro consentimiento, pero no nos salvamos sin nuestro consentimiento".

A todos no nos queda más remedio que enfrentarla como realidad ineludible. Está claro que nadie se muere la víspera, pero cuando a uno le llega la hora no hay oración que no termine *espacharrada* por su labor. Así que es un visitante indeseado. Ya lo dijo Eurípides: "Ser mortal es ser desdichado" ¿Buena? "Si la muerte fuese un bien los dioses no serían inmortales ", señaló Safo.

Los fallecimientos que he comentado aquí proveyeron actos de reflexión necesarios para cada uno de nosotros. El tira y hala cotidiano a1quiló una esquina y se comportó. El pueblo como que se espiritualizó y sintió estas muertes como lo señaló Lope de Vega: "No hay en el mundo palabras tan eficaces ni oradores tan elocuentes como las lágrimas". En fin, la vida -según el pensamiento medieval- es una carrera de la cuna al cementerio. Así que aquellos que han encendido una bombilla y los que van encenderla para mejorar la claridad de la luz solar sepan que los caminos de Dios no son los del ser humano. Por último, según Víctor Hugo, la muerte es un muro por encima del cual hay que saltar. La vida, entonces, es la preparación para ese salto, misterioso, enigmático, provocador. Ese salto que está entre los huesos, la carne y la mirada.